

#361

¡Habemus #361!

Se escuchó al unísono en la placita del pueblo. Si algún anciano responsable de la prosperidad y silencio sepulcral del pueblo se hubiera asomado por su tragaluz, habría entendido más bien poco. Solo se podía apreciar un conglomerado de gente, del cual únicamente destacaba un individuo. Aunque es preciso que matice el significado de “destacar”, extrañamente todos tenían un aspecto prácticamente idéntico, idéntico a ese individuo. Este se distingue porque era el único que gozaba de una posición de altura, superioridad, grandeza. Su críptica apariencia, era como mínimo inusual. Portaba un pelo cortado en franjas en sentido horizontal y teñido de blanco. Lo cual no conjugaba del todo con su tez pálida de un tono blanco hueso que solo se puede conseguir mediante maquillaje. Al igual que esas segunda pestañas encima de sus frondosas y desfiguradas cejas. Como parte superior vestía una tela vieja deshilachada que me recordó a una oveja desamparada, para conjuntarlo escogió algo minimalista. Tanto es así que si el pueblo estuviera en primera línea de playa, las rodillas serían las únicas que podrían correr hacia el mar sin echarse crema de sol. Este ser, que parecía haber sido sacado de otra realidad, alzó el dedo angular y toda la plaza le siguió como si de un ritual se tratara. En un movimiento brusco, repentino, inverosímil, incó la uña en el centro de la pupila y elevó su ojo como si de una ofrenda inca se tratara. Supongo que la empresa que fabrica dentaduras postizas para los abuelos tendrá que abrirse a un nuevo mercado.

¡Habemus #361!